

Por vivir tanto

De gastada se fue, aseguró su nieta. ¿De gastada no más? Primero me opuse a aquella idea infantil que no reconocía especificidades. Sin embargo, el silencio con el que abandoné la habitación firmó la autopsia y me recordó que de tan adultos que pretendemos ser solemos perdernos entre nombres y ciencias difíciles para olvidarnos de los que se nos susurra en el alma, para esconder lo más cierto, lo más sencillo.

Me enviaron a revisar un cadáver. Entre tantos otros vistos en vida creí ingenuamente que nada me sorprendería. Ineptitud o falta de experiencia, tal vez. La cuestión era que habían recurrido a mí como encargado de la morgue porque nadie se explicaba aquella muerte. Ignorantes nosotros, simple mortales, enfrascados en estudios que pretenden abordar misterios que ciertamente lo son.

¿Suicidio? ¿Asesinato? ¿Accidente? Nada. Ninguna respuesta. No se trataba de un policial clásico: lejos del cuarto cerrado, su cuerpo fue hallado en medio del jardín sobre una cómoda reposera. Relajada, sin veneno, sin disparo, sin lesión. La parca se la llevó de la mano dejándole dibujado en su rostro el gesto sonriente de una costumbre alegre.

La habían trasladado a una habitación fría y pálida pero ella aún irradiaba naturaleza y verde. Su nieta no se despegaba de ella y aunque tranquila, advertía a todo el que llegaba a verla que ya no perdiera tiempo allí que Ella ya había ido al cielo y los saludaría desde su estrella. Tan pronto pasaban los cinco minutos, abría la puerta y cortésmente te invitaba a salir. Yo tuve que explicarle claramente que debía revisar a su abuela por cuestiones tan meramente burocráticas que le hicieron reír en su sin sentido.

Allá vos si querés perder tu tiempo. Ella se fue de gastada, como te dije.

Y perdí mi tiempo. Aunque lo perdí para ganarlo.

Ya desahuciado ante mi búsqueda inútil de causalidades me dejé caer sobre una silla pequeña. La niña se plantó frente a mí, sonriente, con sus manitas en la cintura. ¿Y qué descubriste?, preguntó entre risueña y pícara.

Tu abuela es única.

Y para eso tanto lío y cablecitos, con mirarla ya se nota.

Pero por algo debió haberse ido al cielo, algo ten-

go que escribir en este papel.

Se asomó para leer el papel curioso de una autopsia que se resistía a garabatear sus renglones.

¡Ah! Eso... es que ningún médico me hace caso. Inventate algo sino querés poner que se murió por vivir tanto, pero fue así...

¿Uno se va por vivir?, ya me transformaba en el infante que tanto tiempo atrás había sido.

Qué preguntas las tuyas... ¿cómo te vas a morir si no estás vivo? Es cierto que a veces creo que la gente se cansa de vivir. Pero en este caso, no... vivió tanto...

¿Y nunca tuvo miedo de morir? No sé si se lo pregunté por continuar la conversación o porque acababa de descubrir el porqué de mi vocación.

Nunca escuché reír al principito pero me imagino que su risa habrá sido similar a la que sacudió el cuerpecito de aquella criatura tan sabia. Obvio que sí, tenía miedo a no vivir... por eso vivió tanto. Tenía miedo a no saber ver, a nublar su mirada con las propagandas y carteles que seducen más que las bolsas de residuo. Creo que tenía miedo a ensordecerse con los ruidos del tráfico y las bocinas de la ciudad, porque siempre se preocupó por escuchar los susurros del viento. También tenía miedo a quedarse muda, eso me lo dijo mamá. Aunque no gritara desafortunadamente, sabía retar bien y además amaba expresar lo que sentía y sentía amar tanto que su boca se transformaba en un megáfono, a veces silencioso por no poder expresar lo más humano. ¿Y no te agarró miedo a perder las manos? A mí ese me da escalofríos. Para mi abuela era como morir, era ser una estatua; y para mí es horrible también. ¿Te imaginás si mi abuela no me podía abrazar? ¿Te imaginás andando por la vereda junto a otra personita y no poder acariciarle los dedos por el camino? Cuando comíamos pizza en casa, saboreaba tanto cada pedacito que me hacía reír. Para no olvidarme el gustito que tiene, me repetía. Pero una vez me susurró que tenía miedo a que se desapareciera la boca y no pudiera besar al Abuelo -siempre con mayúscula-.

Mami dice que por suerte siempre fue muy miedosa...

Y mirá -me alcanzó un papelito mientras me seguía contando- esto lo escribió mucho antes de casarse. Por suerte, al poco tiempo pudo abrazarse con el Abuelo...

RELATOS PARA REFLEXIONAR >

“Quizás sea eso, quizá tenga miedo a quedarme así... Con todo a mano para ser feliz pero así: sin dar una mano, sin sufrir a cada carcajada, sin lagrimear con cada sonrisa... miedo a seguir andando sin vivir en serio.”

Pistas para reflexionar

Tantas veces, por quedarnos encerrados en el discurso formal, en las cuestiones “de grandes”, en

las ciencias serias, quizás nos olvidamos de las pequeñas cosas con las que es tan inmensa la vida. ¿Alguna vez le tuviste miedo al no vivir intensamente? ¿A quedarte suspendido en el espacio? ¿A volverte un autómatas? Pensando en cada uno de tus sentido, redescubrí su magia, su don. ¿Y qué tal si le tenés miedo al miedo que paraliza? ¿Qué tal si, por esta vez, dejamos que el miedo nos impulse a luchar?

LIBROS >

El legado de Mandela

Parecería que éste está llamado a ser el año de Nelson Mandela.

En enero pasado se estrenó la película “Invictus”, de Clint Eastwood, sobre la figura del líder sudafricano. Además Naciones Unidas eligió a Madrid como sede para la celebración del Día Internacional de Nelson Mandela, concretada el 18 de julio pasado. Y el 6 de abril pasado fue el lanzamiento mundial de “El legado de Mandela”, libro del estadounidense Richard Stengel.

Capítulo a capítulo, el libro nos traslada a la vida interior de uno de los hombres más importantes del siglo precedente y del actual. Un hombre que sobrevivió a las formas violentas, a las más aberrantes presiones políticas y quien, más allá de todos los avatares, emergió para transformar una sociedad dividida entre víctimas y victimarios, opresores y oprimidos, privilegiados y excluidos. Una sociedad integrada por ciudadanos y dividida por la opinión y la opción pacífica de ellos mismos.

Emerger de dichos horrores fue un proceso largo y complejo, una de las mayores batallas contemporáneas.

Todo este sentir está reflejado en el libro de Stengel, convertido por tres años en la sombra de Mandela.

Desde el prefacio hasta las no-

tas de agradecimientos, podemos sintetizar el mensaje de las 221 páginas de esta obra en el título de los últimos capítulos, “un regalo de Mandela”, porque la vida de este hombre es un regalo. Su lucha es un regalo. Cada palabra de sus enseñanzas es un regalo. Su figura, el respeto por la debilidad humana y su lección permanente de perdón también lo son. Y no lo es menos su actitud optimista -dentro de un marco de realidad y prudencia- y el superar el miedo con el valor.

Uno tenía que dar la cara y sobre todo mantener vivo el gran negocio de la libertad. “Sólo los hombres libres pueden negociar. Los prisioneros no pueden firmar contratos”, dirá.

“El legado Mandela” es un libro de crecimiento personal, persuasivo, que muestra un ser humano contradictorio que, sin dejar de tener defectos, triunfó sobre ellos. Y por eso es grande.

